



Copyright © Regina Swain
Colección *Andar de ciego* N° 6
Todos los derechos reservados



<http://mediasla.net>

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, sin la autorización del autor o la editorial, por cualquier medio o procedimiento informático, de acuerdo con las sanciones establecidas por las leyes.

Primera Edición: octubre de 2011

ISBN: 978-1-105-32091-0

Publicado por: [mediasla editores/lulu.com](http://mediaslaeditores.lulu.com)
Correo electrónico mediasla@gmail.com

Diseño de portada: © JULISSA MEDINA
Concepto y diseño de interior: MEDIAISLA EDITORES, LTD

*Por cinco centavos entregaba versos de memoria,
por siete mejoraba la calidad de los sueños,
por nueve escribía cartas de enamorados,
por doce inventaba insultos para enemigos irreconciliables.
También vendía cuentos, pero no eran cuentos de fantasía,
eran largas historias verdaderas que recitaba de corrido
sin saltarse nada.*

Isabel Allende

A la Señorita Supermán, porque cuando escribió este libro era una jovencita muy valiente y muy ingenua; y a sus lectores, por haberla acompañado durante los casi veinte años que tiene este libro de vida.

ÍNDICE

De dónde vino la señorita Supermán	13
Qué fue de los Superhéroes	17
Ex Novios	21
Alas	25
Estribos	29
Dios Equis	33
Morusa y la ciudad en migajas	41
El Diablo también baila en el Aloha	47
El Nacimiento	51
Amor Nestlé	53
Basilio Tajadura	55
La Señorita Supermán y la generación de las sopas instantáneas	61
Carta al Conquistador Balboa	67
De cómo se creó el río Amazonas (o ¡Ay Calafia no te rajés!)	69

La Señorita Supermán
Revisited

De dónde vino la Señorita Supermán

En 1987 llegué a Tijuana.

Me había inscrito en la carrera de Comunicación de la Universidad Iberoamericana Noroeste, pero tenía la intención secreta de ser actriz de teatro, pues había sido alumna del taller de Extensión Universitaria de la UABC en Ensenada e incluso había estelarizado una obra, *A propósito de Ramona*, por lo cual me sentía preparada para el estrellato. A los meses de estar en Tijuana me enteré del taller de teatro que dirigía entonces Ignacio de la Lama y asistí exactamente a una sesión. No volví.

Muy pronto me involucré en mi carrera y no fue sino hasta después de algunos años, cuando trabajé en el diario *Baja California*, en la sección de nota roja, cuando tuve en mis manos la primera computadora. Empecé a escribir pequeños cuentos para tranquilizarme después de los casos que me tocaba cubrir. El entonces editor de la sección de Cultura del periódico, Jaime Cháidez, me hizo el favor de publicar dos de esos cuentos en su sección. Este material fue leído por el doctor Jorge Raúl López Hidalgo, quien entonces dirigía la Asociación de Escritores de Tijuana, y quien de inmediato me invitó a formar parte de ella y a ofrecer mi primera lectura. Así, de pronto, me convertí en escritora.

Fue también Jorge Raúl López Hidalgo quien me pasó la convocatoria para el Premio Nacional de Cuento Gilberto Owen 1992 que, para mi sorpresa, gané con una recopilación de todos los relatos que escribí durante mi tiempo como reportera de notas en el diario *Baja California*. Al año siguiente, el libro ganador se publicó en la editorial Tierra Adentro con un texto de contraportada escrito por Juan Villoro. El libro se llamó *La Señorita Supermán y otras danzas*. En 2001 el Fondo Estatal de Cultura de Baja California hizo una reedición de *La Señorita* con un tiraje de 1000 ejemplares.

Por alguna razón, esta pequeña colección de cuentos de apenas 64 páginas llamó la atención de algunos investigadores en universidades estadounidenses, incluyendo la de la investigadora Socorro Tabuenca, quien escribió ampliamente sobre el libro.

Me siento muy agradecida por lo que me ha dado este libro. Aún ahora llegan a mi blog comentarios de jóvenes que, casi veinte años después, encuentran una conexión emocional con *La Señorita Supermán* y la generación de las sopas instantáneas. Cuando escribí esta colección de cuentos, aún las líneas de mi vida no estaban trazadas. A veinte años de haber escrito este libro, me veo como era entonces, joven e

inexperta, pero valiente y optimista. Eso deseo para todas nuestras generaciones. Valor y optimismo, claro, con la dosis de tragicomedia que tiene la Señorita Supermán y que espero disfruten quienes no han leído el libro, o recuerden quienes quieran recordar.

En esta versión *Revisited*, los lectores notarán que *La Señorita* tiene algunos cambios. He eliminado algunos cuentos que eran parte del libro original y los he sustituido por otros más recientes. Después de todo, como cualquier mujer, La Señorita es vanidosa y si un *facelift* es necesario no duda en hacerlo para verse lo mejor posible.

¿Qué fue de los Superhéroes?

En ese proverbial y misterioso Principio De La Humanidad, la comunicación era menos complicada: las señales de humo eran más efectivas que cualquier comunicado de prensa.

En La Actualidad, con todo lo que La Actualidad conlleva —tecnología digital, inteligencia artificial, computarización interactiva, telefonía celular, mensajes de texto, chats en tiempo real, redes sociales, blue tooth, E Te Ce—, la contaminación visual ha provocado una enorme confusión que hace imposible distinguir entre un llamado de auxilio y un ardid publicitario.

En Ciudad Gótica la comunicación también era sencilla. Bastaba con dirigir una señal al cielo para que Batman salvara a la humanidad de las más terribles hecatombes.

Ahora, gracias a la última devaluación, la recesión, el PAN, el PE, el PRI y el deterioro de la Selección Nacional, no hay superhéroe capaz de interpretar nuestros mensajes.

Por eso ellos creen que su pueblo ya no los necesita.

Me los imagino aburridos en La Legión, esperando nuestro llamado en la sala de juntas; irremediablemente solos en su central de operaciones, creyendo que los hemos olvidado o que preferimos la protección de las empresas de seguridad privada a su ayuda amorosa y desinteresada.

Pienso en Aquamán, Linterna Verde y el Hombre Araña; en el Dúo Dinámico, el Flash y el Capitán América absolutamente desconsolados, asomándose por las ventanas de su edificio transparente —sospechosamente parecido al Monte Olimpo—, tratando de sonreír o quejándose porque los humanos somos una raza de malagradecidos; recordando la muerte de Supermán en manos no del malvado Doomsday, sino del pendejo al que se le ocurrió que así aumentarían las ventas de Marvel Comics.

¡Qué falta de respeto tan grande! Sacrificar al Súper como estrategia publicitaria sin tomar en cuenta sus años de entrega, su defensa de la humanidad a cambio del amor de una periodista y su servicio gratuito a quien lo necesitara sin pedir a cambio nada más que una sonrisa, sin percatarse siquiera de que su presencia kriptonizaba el corazón de cientos de mujeres que, como yo, jamás podremos olvidarlo.

Los Superhéroes también sufren. Los he visto vagar sin rumbo fijo con el traje raído y la capa manchada, tratando de ahuyentar la tristeza con una botella de mezcal en algún callejón oscuro o más de cuatro cervezas del Sótano Suizo; lamentándose de la situación económica y tratando de consolarse unos a otros con el recuerdo de tiempos mejores. Los

he escuchado quejarse de que los precios han aumentado, de que la vida es más difícil y de que las mujeres ya no son como antes. Los he visto guardar silencio cuando alguien menciona a Luisa Lane y brindar a la salud de ese gran ejército de novias sacrificado al servicio de La Humanidad.

Los Superhéroes siguen siendo solteros. Su corazón aún se enciende al contacto de un par de ojos femeninos. Y yo sigo aquí solita, tan abandonada a mi suerte, tan sentada en la desesperanza, pensando que en el mundo ya no hay solteros que valgan la pena.

Pero esta vida moderna hace muy difícil que uno se fije en los defensores de las grandes causas. Con tanta crisis, tanta catástrofe y tanta violencia, es más importante la seguridad económica que un corazón noble y un uniforme llamativo.

¿Qué sería de mí —pregunto— con un marido superhéroe? ¿Qué haríamos nosotras, todo este contingente de mujeres disponibles, toda esta legión de buscadoras incansables de preñadores voluntarios y guardianes del buen bolsillo, con un marido que usa calzones colorados arriba de los pantalones y prefiere volar, nadar, correr a la velocidad de la luz, convertirse en una mole, comunicarse telepáticamente con los animales marinos, trepar por las paredes o simplemente liarse a golpes a buscarse un buen trabajo?

Queridos Superhéroes, seres encantadores, solteros incorregibles, valientes mal domesticados: es imposible vivir con un tipo que no se lava las manos después de salvar al mundo.

Es difícil soportar un marido que tiene visión de rayos equis y se dedica a rescatar damiselas.

Es vergonzoso salir con un galán que anda por las calles con antifaz, pantaloncillos cortos y botines rojos.

Es duro superar el mal gusto.

Pero las mujeres aún deseamos ser salvadas. Los dedos de nuestro corazón se mantienen cruzados y estamos dispuestas a perdonar casi cualquier cosa.

Millones de relojes biológicos alrededor del mundo hacen tic-tac al unísono mientras que miles de mujeres nos dejamos crecer la cabellera en espera fiel del héroe que llegará a rescatarnos del pozo oscuro de la soledad canija.

Queremos maridos.

Queremos pastel de bodas, vestido blanco y recuerditos cursis.

Queremos casa de tres recámaras con un perro a la puerta y un jardín lleno de pequeños semi-héroes.

Queremos ser salvadas de perecer en las garras de la malvada soltería.

Queremos ser amas de casa, queridos Superhéroes.

Ex Novios

El mundo está poblado de ex novios: esos seres transparentes, peluditos, que se alimentan de comida tailandesa y suelen beber mucha dos equis.

Me los encuentro en todas partes.

Nada menos ayer por la mañana, descubrí a dos que me observaban desde el fondo de una taza de café, con esa mirada curiosa que suele uno encontrarse en los ojos de los ex novios.

Creo que los sigo amando a todos.

Gracias a ellos aprendí que la única forma de preservar el amor, de mantenerlo nuevecito, oliendo a limpio y a recién estrenado, es no vivir con tus amores.

No casarte con ellos.

No permitir que platos ropa libros cuentas y otras malas bacterias acaben por enfermar a tu amor y le gasten las orillas.

Yo no quiero un amor con la patita rota.

No quiero un amor pegado y vuelto a pegar con cola loca.

No quiero un amor que alguien puso en especial porque lo mandaron defectuoso de la fábrica.

Por eso señores, ¡qué vivan los ex novios!

¡Qué vivan los amores platónicos!

Qué viva la gracia, qué viva el amor, qué viva la ex novia de aquel caracol.

Que vivan los ex novios aunque me hagan llorar, me hagan sonreír o me hagan emborracharme.

Qué vivan los ex novios y que yo nunca viva con ellos.

Los ex novios son los únicos males necesarios.

Suelen moderar mesas en encuentros literarios.

Caen del cielo como las moscas y siempre le atinan a tu plato.

A veces te hacen comentarios poco amables con extraños acentos y te recuerdan que “estás medio pasadita de peso” o te enseñan la foto de su bebé recién nacido y te pellizcan la pierna.

Pero tú se lo perdonas todo porque de pronto su mirada enternece y entonces lo sabes: fuiste el amor más bello de sus vidas.

Qué vivan los ex novios que te llaman por teléfono a las tres de la tarde justo cuando vas de salida.

Qué vivan los ex novios que se meten a hurgar entre tus fotografías y desprecian a tus demás ex novios.

Qué vivan los ex novios que olvidan el nombre de tu novio y se sonrojan cuando mandas saludos a su esposa.

Qué vivan los ex novios que te consiguen trabajo y comparten contigo sus mejores victorias.

Qué vivan los que se fingen borrachos y tocan a tu puerta en la madrugada con la esperanza de que los seduzcas.

Qué vivan los ex novios porque a veces los seduces.

Puedes escucharlos decirte que te aman y creerles que te aman. Puedes creerlo porque para ellos, siempre serás la misma chica adorable de quien alguna vez se enamoraron.

Los ex novios también lloran.

A veces fingen no verte y corren a esconderse tras las faldas de sus futuras ex novias.

Los has sorprendido espiándote las piernas precisamente el día que se te olvidó ponerte fondo.

Los has percibido en lecturas, mirándote de frente y prendiendo dos cigarros al revés o al mismo tiempo.

Los has visto encelarse cuando, por casualidad, les mencionas tu fin de semana con ese tipo precioso que vive en Playas de Tijuana.

A veces los ex novios se ruborizan.

Se convierten en niños grandes y te reclaman que para ellos nunca preparaste codornices.

En sus gargantas borbotea la risa cuando te arremolinan el cabello.

Sus caricias son toscas pero sus recuerdos tiernos.

Si los regañas, se convierten en monos de peluche.

Si los acusas de haber perdido la galantería se ofenden y reaccionan abriéndote las puertas.

Quién sino los ex novios para coquetear sin arriesgarlo todo.

Quién sino ellos, para hacer del amor una lata de frutas en conserva.

Quién sino esos males necesarios, esos glitches del destino, esos tipos divinos que puedes disfrutar a diario porque nunca fueron tuyos.

Alas

A veces puedo ver mis alas: un par de membranas frágiles y transparentes.

No son unas alas grandiosas y no están cubiertas de hermosas plumas blancas como las que he visto en los libros de catecismo. Tampoco son poderosas. No podrían siquiera provocar una ventisca.

No son vistosas o coloridas, como las de las mariposas. Más bien son un par de apéndices portátiles, a veces innecesarias, un poco incómodas en ocasiones y difíciles de mantener planchadas.

Sin embargo, las requiero.

Desde el momento mismo en que tomé la decisión de volar, supe que tenía tres opciones y aunque debo confesar que al principio me inclinaba más hacia la levitación, finalmente me decidí por las alas porque siempre me han parecido una alternativa más estética.

Levitar me parecía peligroso. ¿Cómo asegurarme de mantener la cabeza arriba y las extremidades colocadas en el lugar apropiado? Mi ya de por sí baja autoestima me hizo sentir terror ante la idea de pasar flotando patas arriba frente a un grupo de voladores experimentados.

La capa me parecía aún más complicada. Aunque su uso me asegurara una firme posición horizontal de vuelo con la espalda bien dispuesta hacia las estrellas y una línea de desplazamiento que marcara claramente la distinción entre el Arriba y el Abajo, esta opción aumenta el riesgo de caer en ese hoyo negro que es el mal gusto.

Y es que en cuestión de capas, basta con analizar los imperdonables errores estéticos que han cometido sus entusiastas a través del tiempo para darnos cuenta de la importancia de no salir al espacio para hacer el ridículo.

Está bien, por ejemplo, vestir mallón azul con capa roja siempre y cuando uno lo combine con botas y calzones en color carmín y se coloque un escudo amarillo con una S dibujada en el pecho, ¡pero atreverse a salir con traje negro, la capa rasgada y un antifaz con orejitas, debería ser penado!

Yo les invito entonces, amables lectores, a que mediten a fondo sobre la cuestión estética en esto de las modalidades de vuelo.

Y es que volar nunca ha sido problema. Lo difícil es decidirse. Nadie volamos porque a todos nos han dicho que no podemos hacerlo, pero en realidad, volar es simplemente echar un brinco y olvidarse de volver al suelo.

Después del despegue, permanecer elevado es mucho más sencillo. Mi método favorito es crear una burbuja de aire

en mi vientre y jugar con ella, lanzándola de arriba a abajo dentro de la cavidad torácica para controlar la altura y la velocidad de vuelo; pero lo que disfruto más, es tenderme boca arriba con los brazos y piernas extendidas y la cara hacia las estrellas, flotando suavemente sobre una alfombra de aire para observar las nebulas y las galaxias, redibujando el mapa del firmamento y jugando un poco con las constelaciones, cambiándoles de nombre y forma, robándole el arco a Sagitario, recorriendo las piernas de Virgo y haciendo de Piscis una cena deliciosa.

Por lo menos eso hice hasta que empezaron los problemas.

A mí me dio por volar todas las noches y a mis vecinos por indignarse cuando me veían flotar por encima de sus tejados. Los niños creyeron que era una bruja y los hombres una voyeur ingeniosa, pero el verdadero inconveniente surgió cuando las amas de casa empezaron a verme llegar por las mañanas, despeinada, llena de luces, con una sonrisa extática y con las alas manchadas de polvo estelar o chorreando tras mis chapuzones en la vía láctea.

Se formó entonces el Comité de Damas Decentes Contra Vuelos Nocturnos: CODEDADECOVUNO.

Los Dirigentes de la Ciudad prohibieron abrir las ventanas después de la caída del sol. Todos los seres de la ciudad con capacidad de vuelo fuimos encerrados en celdas sin ventanas por orden del CODEDADECOVUNO. Fue una cacería de brujas, o más bien de alas y capas. Todos nosotros, los que alguna vez fuimos libres, ahora hemos sido derrotados por esa masa gelatinosa que suele ser la vida moderna. Ahora somos tan solo fragmentos de lo que alguna vez fuimos. Nosotros, antes libres y completos, hemos quedado rotos, desvalidos, aterrizados para siempre. Un puñado de miseria vencido por un sistema monstruoso que no tiene pies, alas, capas ni cabeza.

Estribos

No. Definitivamente no me gusta perder los estribos.

Es incómodo buscarlos, después, tras el buró o debajo de la cama. Muchas mañanas he llegado tarde al trabajo tratando de encontrarlos, pues una vez que los pierdo, aún dentro de mi propia casa, pasan horas antes de que logre recuperarlos.

A veces pareciera que tuviesen vida propia y se empeñarían en hacerme las cosas más complicadas.

Si los llegase a perder fuera de casa, temo que no podría recuperarlos y no encontraría otros de mi medida. Me dan escalofríos al pensarlo.

Sería terrible andar por el mundo con estribos que no me calcen, pues si me quedaran apretados, moriría de vergüenza al ir por la calle con el genio de fuera, y por el contrario, si me quedaran demasiado grandes, lo único que conseguiría es perderlos fácilmente.

Por eso procuro dormir con ellos, por más incómodo que parezca.

De otra manera correría el riesgo de confundirlos con los de quien, a veces, duerme a mi lado.

Lo he tratado todo.

Les he doblado una esquinita, los he marcado con mis iniciales, los he guardado en bolsas de plástico e incluso los amarré una noche al pie de mi cama, pero es por demás: como si fuera cosa del diablo, si me los quito para dormir, no aparecen en el lugar que les asigné una noche antes y entonces ya imaginarán de qué humor amanezco.

Siempre me he preguntado si los holandeses usarán estribos de madera.

Y en Japón, ¿se quitarán los comensales los estribos antes de entrar a cualquier restaurante? ¿Tendrán alguna manera de controlar el carácter de la gente sin estribos en esos lugares?

Por más que yo trato de echarles un ojito de vez en cuando, si me animo a quitarme los estribos en público, siempre temo que me los roben.

Los niños pierden sus pequeños estribos a cada rato. Es cosa de llevarlos a uno de esos parques donde deben dejarlos a la entrada y adiós estribos, llegan a la casa hechos un berrinche. Aunque uno marque los estribos de cualquier manera, etiquetándolos con un pedacito de papel en blanco o escribiendo su nombre en ellos con un marcador imborrable, a esa edad los niños son poco cuidadosos y por si fuera poco necesitan estribos nuevos cada año.

Una vez yo tuve unos estribos preciosos, de plata, pero una amiga de una amiga entró a la casa y no le llamó nada

más la atención que mi flamante par de estribos. Ya se imaginarán entonces el sainete que hice al quedarme con el genio al aire.

Ahora que voy de prisa todo el día procuro no quitármelos, porque con las carreras podría correr el riesgo de ponerme un estribo de uno y otro de otro, con lo que me vería muy extraña gritando y sonriendo al mismo tiempo en medio de una singular rabieta mientras que varios hombres vestidos de blanco acuden a encerrarme en algún hospital psiquiátrico con todo y los estribos que no cazan.

Por eso prefiero dormir con ellos puestos. Aunque me causen una comezón horrorosa y amanezca adolorida y con la boca seca.

He procurado acostumbrarme a las nuevas versiones, pero la tecnología avanza muy rápido y yo no me acomodo a esos estribos modernos que vienen con tantas opciones. Detesto especialmente la versión 2010 y los que traen actualizaciones automáticas y antivirus integrado.

¡Batallé tanto cuando salió la primera edición en Windows! Todavía añoro aquellos que venían en un programa llamado Wordstar. Pero eso fue incluso antes del Internet. Cuando las cosas eran más sencillas y no todo era electrónico.

En realidad, aún prefiero las versiones menos complicadas, antiguas, si se quiere. Sobre todo manuales.

Las que se calzan fácilmente, se llevan bajo el vestido, se abotonan o se amarran con cintas y sobre todo, las que siguen hechas de hueso de ballena.

Dios Equis

Esa mañana, la Pequeña Señorita Equis amaneció siendo Dios.

Lo supo al mirarse al espejo. No era que su rostro hubiese cambiado, no era algo especial o notorio como una espinita, era simplemente un aire, un casi-gesto, un dejo de omnipotencia. La noche anterior había exclamado, suspirando: “¿Cómo quisiera ser Dios, por un ratito, por unos minutos siquiera!” y El Señor la había escuchado.

Siempre lo hacía.

En su oficina con vista al Mundo, Dios tenía siempre encendida una bocinita marca Sony con la que monitoreaba

constantemente los pensamientos de Equis. A Nuestro Señor le gustaba escucharla. Equis era simpática, graciosa y a pesar de ser un poco berrinchuda, en general tenía buen carácter y compartía el sentido del humor con su Padre Todopoderoso.

La estructura de los pensamientos de Equis maravillaba al Altísimo: la sintaxis de sus ocurrencias era impecable; la gramática de su sentido común, excelente; su proceso dialéctico, brillante; y aunque en ocasiones tendía un poco hacia el melodrama, su voz interior tenía un hermoso timbre. Dios solía reírse mucho escuchándola. Las carcajadas más sabrosas que recordaba las había provocado ella. Nuestro Señor se felicitaba sinceramente: Equis parecía estar hecha únicamente para su agrado.

Pero El Creador tenía muchas responsabilidades. Había que mantener el Universo funcionando adecuadamente. Era necesario controlar el curso de los ríos; asegurarse de reponer cada animal desaparecido; vigilar que los sistemas solares permanecieran en el lugar designado; supervisar los arribos y autorizar las partidas de las almas hacia cuerpos en diversos planetas; mantener a raya el Sindicato de Demonios; revisar y purgar los hoyos negros y tratar otros asuntos por el estilo. Las labores de La Creación nunca terminaban.

Además, estaban los trámites administrativos, esas pequeñas agujitas en el pie de cualquier funcionario público.

Dios era una deidad muy ocupada. Por eso a veces no tenía tiempo para arreglar pequeños asuntos personales. Al Creador le molestaban mucho las invocaciones. Frases lanzadas a la ligera, como “Si Dios quiere-Dios mediante-Como Dios manda-o-Dios dispone” aumentaban mucho su carga de trabajo y casi siempre eran mal utilizadas.

Cuando algún ser humano —generalmente una señora adinerada— decía cosas como “Si Dios quiere, la semana que entra me voy de compras a San Diego” o “Si Dios no dispone

otra cosa, en junio nos vamos de vacaciones” El Señor siempre se preguntaba “¿Qué diablos tengo yo que ver en eso!” pero enseguida recobraba la compostura y cuidaba su vocabulario, porque Dios era ante todo una deidad respetuosa y no le gustaba utilizar el nombre de ningún ángel caído en vano. Y qué decir de expresiones como “casarse como Dios manda”, cuando Dios jamás ha ordenado a nadie vestirse de blanco, ponerse zapatitos de raso y gastar miles de pesos en fiestas y ceremonias.

Todos esos asuntos lo agotaban.

Por eso cuando a la Pequeña Señorita Equis se le ocurrió aquello de ser Dios por un día, a Nuestro Padre le pareció buena idea. Pensó incluso en iniciar una tradición. Convocar año con año a un certamen, algo como “Sea Dios por un día”; pero como El Señor era una deidad prudente, decidió probar la idea primero con la misma persona a quien escuchaba pensar como otros escuchan cualquier estación de radio.

Y por eso Equis amaneció ese día Todopoderosa. Así de golpe. No hicieron falta las explicaciones porque dentro de sus nuevas facultades estaba también el don de la omnisciencia. Su primera gestión como Dios fue cambiar la suerte de su padre y modificar el carácter de su madre, convirtiéndola en un ser amable y cariñoso. Después se alació el cabello, se perdonó ella misma todos sus pecados y le deseó el bien a quienes le rodeaban. También tramitó una nariz nueva para su prima Zeta y un boleto ganador de la Lotería para cada uno de sus amigos.

Equis estaba consciente de sus nuevas responsabilidades. Sabía que bastaría tan solo un mal pensamiento para destruir por completo la vida de sus semejantes. Se sentía bondadosa y deseaba sostener el mundo entero sobre su regazo.

Cuando salió a tender la ropa recién lavada, sintió el aire recorrerle el cabello y se complació en ello. Se maravilló de las cosas más pequeñas: la constancia del mar, la calidad de la

luz y la perfección de una hoja de cilantro. Supo que su Bendita Benevolencia resarcía la Fuente Todopoderosa de su divinidad transitoria y se sintió plena y feliz admirando la redondez de la naranja, la transparencia de la uva y la solidez del piso bajo sus pies descalzos. Se vio por vez primera a sí misma y en ella se reflejaron todas las criaturas. Entendió que color, peso, forma y tamaño son simplemente casualidades de empaque y que el único producto que vale es el que se lleva dentro.

Comprendió que el secreto del Universo se encuentra en las cosas más sencillas y se complació en esos pequeños milagros cotidianos. Supo que un solo momento de lucidez vale más que mil palabras y llegó a conclusiones brillantes: “volar es simplemente echar un brinco y olvidarse de volver al piso”; “no puedes pedir a un árbol que actúe como una pera o a una pera que se comporte igual que un árbol” y “la responsabilidad del ser humano crece a medida que su conocimiento”.

Todo eso antes del desayuno.

Pero, como todos sabemos, ser Dios no exime a nadie de sus obligaciones y para Equis ese día era ya bastante complicado: Trabajar en sábado con una cruda espantosa-junta con El Jefe a las cinco-ir al mercado-terminar de aspirar-lavar la ropa-llevar el carro al mecánico-hacer la comida-pagar cuentas y cuentas con luna llena y cartera vacía.

Un caso de síndrome premenstrual digno de cualquier psiquiatra.

A veces, Equis tenía la impresión de que su vida era una serie interminable de bolsas de ropa sucia.

Rumbo al trabajo, La Pequeña Señorita Equis se topó con un embotellamiento de tráfico. Los automóviles formaban una línea larga y sus dueños se insultaban unos a otros. Equis, molesta y acalorada, deseó que el nudo vehicular no existiera.

Autos y conductores desaparecieron de inmediato, yendo a parar a ese cuarto de triques donde se guardan todas las cosas que jamás han sido creadas.

(No fue su intención, jamás pensó en obrar mal, simple y sencillamente se dejó llevar por la fuerza de la costumbre. Recuerda lector que no a cualquiera se le cumple de inmediato cualquier caprichito.)

Al llegar al cruce de la Calle Primera y Avenida Gasté-lum, Equis perdió por completo la paciencia. El calor, la humedad y las moscas la tenían mareada. Un taxista se le atravesó a la brava. Los autos de atrás le sonaban el claxon mientras que los agentes de tránsito la aturdían con el constante chillar de sus silbatos. De un solo pensamiento borró agentes, moscas, taxis y el primer cuadro de la ciudad completo. Entonces se permitió una pequeña sonrisa, pero al no ver las calles conocidas, perdió el rumbo y llegó una hora y media tarde al trabajo.

El Jefe la recibió con un oficio de abandono de labores.

Su rabieta aumentó a tal grado que terminó por provocar una tormenta eléctrica. En el centro de la ciudad un señor murió partido en dos por un rayo. Hubo varios choques y el Arroyo Ensenada creció hasta inundar una colonia marginal que se había asentado en su lecho. La catástrofe aumentó aún más el mal humor de la Pequeña Equis. El triángulo del dolor del Dr. Lammoglia sustituyó a la Divina Trinidad en el — hasta entonces— tranquilo puerto de Ensenada.

Con tantas quejas, tantos ayes y tanto sufrir las líneas de comunicación celeste se saturaron, pero, contrario a lo que uno piensa, Dios no está en todas partes y ese día decidió largarse a bailar mambo.

Después de fulminar a su Jefe con una mirada y dejarlo reducido a un montoncito de cenizas, Equis sintió un poco de remordimiento. Entonces decidió entretenerse diseñando animales nuevos. De su cabeza brotaron especies fantásticas:

gatos fosforescentes, caballos extraordinarios y hasta catorce tipos distintos de almejas terrestres que salieron dando saltos sobre patas de venado.

Fue un error inocente, un producto legítimo de su inexperiencia, pero el asunto de los animales, aunado al pequeño problemita de la tormenta eléctrica, desembocó en la peor crisis de la historia.

Los biólogos se rasgaban las ropas mientras los animales nuevos corrían por el mundo provocando desequilibrios ecológicos. En los encabezados de los diarios podían leerse frases como: “DIOS NOS HA ABANDONADO”, “DIOS SE AUSENTA DE SUS OBLIGACIONES” y “LA RELIGIÓN NO SIRVE PARA NADA.” En las paredes aparecieron pintas con alusiones nada halagadoras y los partidos políticos aprovecharon el momento para hacer proselitismo barato. Hubo incluso algunos que aseguraron que Dios estaba a punto de abdicar en favor de Equis.

Los medios de comunicación no habían tenido tal festín desde la muerte de Fidel Velázquez.

A Nuestro Señor no le agradó nada el problema.

El Altísimo casi se cae del susto al regresar a casa. San Pedro le había dejado ya ocho recados en la contestadora y las escenas de las pantallas de vigilancia eran más efectivas que los tacos de carnitas para provocar infartos.

Tuvo que tomar cartas en el asunto.

Tomó el sombrero, se calzó los mocasines blancos y se dirigió hacia la Tierra con Su Sagrada Sugerencia.

La Pequeña Señorita Equis se lo encontró junto al lavabo y lo primero que se le ocurrió fue decir que ese no era el cuarto de baño para caballeros; pero al verla, Nuestro Señor la perdonó de inmediato como es su costumbre: le sonrió mostrando su Divina Dentadura y ambos conversaron durante varias horas.

Hablaron de cine, intercambiaron recetas de comida japonesa y El Todopoderoso le explicó que ser Dios no es cosa fácil. Aprovechando que ambos eran lectores entusiastas de Stephen King y disfrutaban las películas violentas, Nuestro Señor le hizo ver a Equis que en ese momento sus acciones la acercaban más a *Carrie* que a cualquier divinidad respetable.

Acordaron resolver las cosas de la mejor manera. Equis recobró la cordura y accedió a retornar todo a su lugar. Cosas, casas, calles, jefe, moscas, gente, taxis y autos regresaron de inmediato a su sitio. Los animales recién inventados fueron reubicados en otro planeta y “Sea Dios por un día” quedó como proyecto a futuro.

A la mañana siguiente, la Pequeña Señorita Equis despertó con el cabello lacio, pero tan humana como cualquier otro cualquiera. Dios aún la sigue escuchando y a veces, como sin quererlo, le sigue concediendo alguno que otro deseo nada más para divertirse un rato.

Morusa y la ciudad en migajas

Morusa Malaparte era una cosita de nada, apenas si ocupaba un espacio en el mundo, de tan pequeña. Tal vez por eso las pulseras y anillos, los ojos pintados de negro negro negro y las miles de campanas invisibles. Las faldas siempre le quedaban largas y daba la impresión de que si no fuera por los collares estrambóticos que la anclaban a la tierra, saldría volando en cualquier momento.

Cierto, no era la única, pero sí era Morusa, con su cabello espuma para acariciar el cuerpo del amante diario, el nocturno, el amigo de los claros y brillantes.

Esta mujer niña, Morusa a diario y feliz de serlo, vivía voraz la vida caótica de todas las morusas blancas, porque también era blanca, suave y aromática como pan recién horneado. Vivía de acuerdo a la conjunción de los planetas, siguiendo las fases de la luna y adivinando los dramas y alegrías de toda la gente que se le acercaba.

Y es que Morusa siempre fue así, profeta de suertes desde que fue solo una migaja pegada a las faldas amplias y coloridas que su madre usaba para atraer a los turistas, porque eso de ser gitano en pleno siglo veinte es andar desafiando las formalidades, y es que la gente ya no cree en la luna, que ahora tiene una bandera gringa sobre su cara blanca, ya no cree en la magia o en los sortilegios, sino en la video y los detergentes.

Morusa se dio silvestre, como la yerbabuena, entre los caminos que van a todas partes, menos a Roma. Se dedicó a observar el canto del ave, el tañer del viento y el silencio sabio de las piedras; escuchó también el color de las flores e intercambió recetas con las mariposas.

La vida de su tribu siempre había sido la misma y su andar por el mundo con el tiempo a la espalda los había enseñado a creer en lo que no se ve y no se toca, en aquello que no tiene focos o cordones eléctricos. Por eso, cuando Morusa predijo que el Patriarca moriría empapado, lejos de asombrarse, los gitanos se pusieron a esperar la inundación que le daría sepultura.

Por aquel entonces, la caravana pasaba por una ciudad enorme y caprichosa cuyos pobladores vivían al filo de dos mundos distintos pero similares. Las casas, construidas a lo largo de una gran valla que separaba dos mundos, parecían apretujadas por cerros secos color sepia, y lucían grises por el mal humor de sus inquilinos.

Dicen los habitantes de la ciudad nocturna que fueron ellos, los gitanos, los que trajeron las nubes a su ciudad capricho, y que por eso las tormentas traían sonido como de circo

y luces intermitentes cruzaban el cielo de lado a lado dándole un aspecto de función de magia a la ciudad dormida y tiritante.

El acto final llegó con una capa negra de lodo espeso que cubrió —no sin cierta elegancia— un 95 por ciento de la superficie cuadrada de aquella zona, mientras sus habitantes, que vieron la noticia por la televisión con los ojos redondos de espanto, se repetían unos a otros que eso no era posible, que ahí no llovía nunca y que la ciudad no era cuadrada, sino poliédrica y pluriforme.

Morusa supo lo de la inundación al escuchar el rumor del viento del Norte, que durante la noche susurró en su oído que los cerros preparaban su descenso, celosos del ir y venir del polvo errante.

El resto del mundo lo supo cuando la muchacha rubia de la televisión lo anunció después de un largo comercial de quitamanchas.

Las autoridades de aquella ciudad la declararon —sabias— zona de desastre y se sentaron a morderse las uñas en sus oficinas secas y acolchonadas mientras los damnificados luchaban día y noche con el lodo espeso que cubría sus vidas.

Muy tarde recordó la gente que Morusa, la gitana, había pronosticado la venida del agua, pero al recordarlo dejaron de buscar en los periódicos instrucciones y consejos, y acudieron a ella para que interpretara el lenguaje de los planetas.

El terror provocado por las lluvias les hizo ser buenos por un rato, mientras continuaban escarbando entre el fango negro que desaparecía niños, perros y gatos como capa de mago; pero cuando todo volvió a la normalidad, olvidaron lo que el cielo les había enseñado y se dedicaron una vez más a insultarse unos a otros.

El Patriarca de la caravana murió en un deslave, tal como dijera Morusa, pero nadie tuvo tiempo de registrar su muerte ya que en ese momento dos olas mansas y algo turbias lamían las puertas de las oficinas gubernamentales y eso pareció más

importante a los burócratas que andar registrando los muertos anónimos de la población flotante.

Por aquel tiempo empezó a suceder un fenómeno curioso, y fue tan lento el acontecimiento, que al principio solo Morusa se percató de ello. Primero fueron solo hechos aislados que la gente adjudicó a extraños espejismos provocados por el reflejo del agua: una dirección perdida, el no encontrar una calle, el perder —literalmente— una colonia del mapa urbano. Los de la Cacho fueron los primeros en advertir que su barrio estaba desapareciendo, pero no se atrevieron siquiera a comentarlo unos con otros por temor a que se les considerara locos y se les excluyera de los eventos sociales.

El problema se hizo cada vez más notorio y en dos semanas ya no existían más calles que la Brasil y un pedacito del bulevar.

Cuando ya solo quedaban unas cuantas colonias del centro y el fraccionamiento México —porque su lideresa no permitió la entrada a las tormentas— aparecieron entre el lodo piedras de todos tamaños, de colores y formas extrañas, que asemejaban trozos de sillones, orejas de perro y uno que otro bigote humano. Una señora del Soler creyó reconocer en una piedra cuadrada la figura de su esposo, pero como no se hablaban desde hacía varios años, guardó silencio. Estaba feliz de no haberlo encontrado entre el fango oscuro como a la lavadora y al sillón reclinable.

Continuaron los deslaves y así se fue la ciudad entera con sus habitantes, todos convertidos en migajas petrificadas por el miedo y el rencor que sentían unos por otros.

Los jóvenes se convirtieron en cuarzos y en amatistas, las niñas buenas en piedritas color de rosa y los viejos en rocas ambarinas. Los gobernantes cobardes se convirtieron en piedras de metate y los poetas en ópalos iridiscentes. El resto de los habitantes, los que componían esa masa gris y malhumorada,

se transformaron poco a poco en piedra pómez y la mayoría acabó tallando los pies callosos de los viajeros.

Los enamorados se convirtieron en diamante en bruto, porque aun tendrían que pasar muchas pruebas, y los escritores que fumaban dos cajetillas diarias se volvieron pedernales.

Morusa, que era una cosita de nada, no alcanzó a irse en los deslaves y continuó su vida de morusa suave con pulseras y campanas invisibles.

Aún sigue recorriendo el mundo, escuchando el silencio sabio de las piedras y adivinando la suerte de la gente que se acerca a ella.

Por eso, si alguna tribu de gitanos llegara un día a tu ciudad dormida, deberás buscar a la de los ojos negros y prepararte para recibir las lluvias que vendrán con luces como de función de magia.

El Diablo también baila en el Aloha

*Ocurre que la doncella
—y eso era secreto de ella—,
tenía también sus caprichos.*

Chico Buarque

Fiebre del sábado en la noche.

La ciudad sigue siendo la misma, no importa cuánto llueva o cuánto se vaya en los deslaves.

La Frontera sigue siendo la misma: Zona Libre desde que era una pequeña isla llamada California.

Los bares, que siguen siendo los mismos, se visten de colores para atraer a los incautos.

Es Semana Santa.

En el Aloha, las luces les pintan el pelo a las mujeres.

“Pura sabrosura y puro vacilón” baila la negra Angustias balanceando sus caderas peligrosamente; el vientre, protuberante, se confunde al compás de uno dos tres, vuelta y a un lado. No hay nada mejor que bailar abrazaditos, cuerpo contra cuerpo, piel negra contra piel morena.

Las lámparas son globos multiformes con sabor a fruta artificial; ahí, donde todo es posible, los colores toman forma y se solidifican.

“Somos dos niños discutiendo sin razón” canta la güera Yuri desde las bocinas, mientras las niñas Clariol son estrellas por una noche. Medias sobre medias, ¡tantas fajas!, los escotes, tristes, son una boca abierta y vacía.

Hombres-lobo afilan sus colmillos en la barra, con dos o tres cervezas, mientras la negra Angustias, rotunda, gira y gira sobre su eje, contoneando su enorme trasero.

En una esquina con cara de aburrida, una jovencita rechaza invitaciones a bailar con gesto desobediente. Nadie es como ella, la de blanco, olor a recién bañada y pelo largo, cortina sujeta a dos peinetas. Ha salido de su casa sin pedir permiso y ahora sus pechos —diminutos— se delinean a través de ese mar blanco que es su ropa, delatándola.

Nadie le llena el ojo, con nadie baila, y cuentan sus amigas que les ha rezado a los santos para que le manden un hombre guapo, jurando bailar con él aunque sea el mismísimo demonio.

“San Heriberto, que no sea tuerto...”, un tipo alto, pelo güero—ojos azules, atraviesa la puerta con todo y un par de mancuernillas al estilo James Bond. Es el Diablo Jiménez, judicial respetable, hombre de ley al servicio del pueblo.

(Cierto, cierto, Jiménez es un diablo muy de fábula, metafórico, pero un diablo al fin.)

“San Sebastián, que sea galán...”, docenas de ojos femeninos observan de arriba abajo al recién llegado.

“San Saturnino, que sea muy fino...”, Jiménez se acomoda la corbata, y recorre el bar con desdén estudiado. La joven de la esquina aburrida se acomoda las pestañas; el Diablo, muy James Bond, muy Jiménez, se aproxima.

“Santa Silvana, que tenga lana...” el guapo de las mancuernillas pide un whisky straight, etiqueta negra, y se lo bebe de un tiro.

“San Neftalí, que se fije en mí...”, el Diablo la observa y el tiempo se detiene un momento, como juguete sin cuerda (chistosa se ve la negra Angustias detenida en medio de una complicada pirueta).

“San Clodomiro, que baile conmigo...”, la joven no pierde la compostura ni en los pasos más violentos, gargantilla y aretes, suéter coqueto resbalando sobre hombro izquierdo, gira y gira alrededor del diablo metafórico que baila en su lugar con pasos chiquititos.

Jiménez no es un diablo feliz, dejó de serlo cuando la Iglesia Católica advirtió a sus compañeros de escuela que “con el diablo NO se juega”, es por eso que ahora vaga de bar, de fiesta en fiesta, buscando recuperar la niñez perdida; es por eso que frunce el entrecejo en un gesto que a la joven de la esquina aburrida le parece encantador.

“Encantador...” canta una voz melosa mientras las parejas, apretadas, bailan sobre la pista, y es que no hay nada mejor que bailar abrazaditos... si no fuera por esa luz... luz...luz... . .

¡Luuuz!...

El Aloha se ha quedado a oscuras y los de seguridad — grandotes y musculosos — se mueven apresurados: nadie debe salir sin pagar, nadie debe aprovechar el pánico, nadie debe... pero en cuestión de segundos todo vuelve a la normalidad, todo menos...

La joven del vestido blanco se encuentra tirada en el suelo con todo y peinetas, no hay rastros del Diablo Jiménez; que parece haber partido sin pagar la cuenta y el humo con sabor a fruta artificial ha sido sustituido por un desagradable olor a azufre y a piel quemada.

La muchacha solloza sobre el parquet de la pista y se lleva la mano a las nalgas; sus amigas, que han acudido a ver qué sucede, se horrorizan: ahí donde la mano del Diablo se posaba hace unos minutos, hay una mancha de vestido chamuscado.

“San Ignacio, qué ardiente el muchacho...”

Se escucha la sirena de una patrulla en medio del pánico general. La del vestido blanco y sus amigas huyen, llorosas, jurando no volver a salir sin pedir permiso.

La Frontera sigue siendo la misma.

En el Aloha, las luces les pintan el cabello a los turistas que observan asombrados la mancha negra que el diablo dejó sobre la pista de baile. Un voceador anuncia desde la entrada:

“Pásele, pásele, amigo, tenemos pelos de diablo, azufre infernal para lavar sus baños... pásele amigo, aquí merito es donde baila el diablo...”

El Nacimiento

Cuando don Benito murió partido en dos bajo el cielo encapotado de Mesa del Huracán, la gente guardó silencio. Sabían que por las venas de aquel hombre corría una hilera larga de anuncios de neón y embotellamientos de tráfico. Tal vez por eso a nadie le pareció extraño que el rayo lo escogiera a él para dar inicio a la función de luces y sonido que vendría de arriba para inundar la represa del Aserradero con muchos metros de agua atormentada.

Los hombres se sentaron a esperar a que pasara el aguacero y, como todos los años, las mujeres echaron más leña al fuego para preparar pan de lluvia. Las centellas cruzaron el

cielo de lado a lado, como todos los años, mientras el cuerpo de don Benito esperaba, con un silencio seco de cuerpos quemados, que alguien le diera sepultura en un pueblo que no era el suyo.

En la casa más alejada quedaron sus libros y su traje azul marino, tan extraños en la montaña; atrás quedaron también la fotografía borrosa de una mujer antigua y los cuadernos de cuentas del Aserradero.

Nadie supo cómo llegó o de dónde vino, don Benito mismo lo había olvidado y ahora vivía en un pueblo perdido de nombre poético, lejos de la ciudad amada y de la mujer amada, sin recordar la cara de una y el aroma de otra, sin recordar siquiera por qué las había olvidado como olvidaba cada año la respetuosa advertencia que los habitantes de Mesa del Huracán le hacían al verlo sentado bajo algún pino en tiempos de tormenta, con los ojos perdidos y el alma adolorida por no sé qué absurdo recuerdo escapista.

Y tal vez por eso a nadie le pareció extraño que el rayo lo escogiera a él y lo dejara esperando junto a aquél árbol, con un silencio seco de cuerpo quemado que se extendió por el pueblo y que solo fue interrumpido por el llanto agudo de la niña Palomo, que llegaba al mundo en el momento justo que el alma urbana de don Benito se desprendía de su cuerpo negro y retorcido.

Amor Nestlé

El amor, Amor, es una lata Nestlé de leche condensada. Por eso te empalaga y luego, después de la tercera cucharada, la pobre lata de amor termina siempre en el bote de la basura.

Tú sabes, Amor, que yo prefiero el TV-Guide a la televisión y los cortos en el cine a las películas.

No me gusta ese letrero grande que dice FIN tan descaradamente. Tengo problemas al final de las funciones, Amor, y es que lo mismo me da el beso feliz con gran close-up en la pantalla, que la despedida de los amantes frustrados. Los dos finales son igual de malos, Amor, y terminan siempre haciéndome llorar.

Es por eso, escucha, que fue tan buena tu partida.

¿Qué hubiera sido de la magia al tener que lavar tus calcetines, para después colgarlos del tendedero, lastimosamente convertidos en banderas de vecino? ¿Seguiría siendo “preciosa” al despertar de malas, con gripa o una que otra desvelada?

Magia, Amor, esta es solo una cuestión de magia.

Te escribo entonces esta carta, Amor, porque pienso que quizá será mejor que ya no nos veamos. Que ya no recordemos nuestros cuerpos juntos aquella madrugada. Ya ves: ya no me acuerdo de tus besos, de la cicatriz en la espalda.

Y bien, será mejor que ya no imaginemos la boca del amado, los paseos a Playas.

Por favor no pienses que te extraño o sufro esos milquientoskilómetros de distancia.

No importa entonces, Amor, negar el mes de mayo y consolarnos solos, Amor, imaginando el llanto del amado.

Basilio Tajadura

Yo vi a Basilio Tajadura caminar sobre la acera lisa, iba vestido de civil y la cabeza le colgaba para enfrente como pera madura porque traía los pensamientos pesados.

Llevaba las manos escondidas en los bolsillos del saco, como si con eso quisiera que nadie se diera cuenta de que tenía diez dedos completitos, diez dedos que noche a noche recorrieron un cuerpo suave y aromático, hasta que cada uno de ellos se impregnó del olor a canela que guardaba aquella mujer bajo su ropa.

Caminaba como si le costara llevar camino y se veía sin trabajo, sin sonrisa y sin dinero. Ya no le brillaban los dientes

como le brillaron allá arriba en Mesa del Huracán, cuando jugaba fútbol con los chiquillos e intercambiaba frutas en conserva con la gente del pueblo.

La gente siempre lo quiso porque era simpático y dicharachero, y porque sus treintaitantos años eran más alegres y lozanos que los de cualquier lugareño.

Ella lo quiso desde que lo vio por vez primera porque tenía los ojos ardientes y las palabras le caían labio abajo como leche quemada.

Los padres de ella también lo quisieron, antes del tiempo de frutas, cuando Basilio Tajadura pronunciaba discursos candentes frente a la iglesia y aun podría haberle sacado la vuelta a aquella enorme broma llamada Destino.

Laura Palomo llegó al mundo el mismo día que el rayo partió en dos a don Benito. Nadie sabe qué fue primero, la muerte o el nacimiento, pero dicen las lenguas del viento que desde entonces la vida de Laura estuvo marcada por la tragedia. Lo cierto es que ella nunca se perteneció a sí misma: desde su primer día de estancia en la Tierra, su padre la llamó “mis ojos”, su madre la ofreció a la Virgen de Guadalupe y total que para cuando la niña pudo decidir ser o no ser de ella misma ya había llegado tarde a la repartición de identidades.

La familia Palomo era muy respetada en el pueblo, porque don Remigio recogía las limosnas en la iglesia de piedra que el Aserradero había construido con el fin de alejar a sus obreros de los demonios de la bebida y la farra que, además de prometer boleto directo al mismísimo infierno, contribuían también a crudas y llegadas tarde al trabajo.

La señora Palomo tenía —de tanto andar cerca de las cosas celestiales— una voz angelical y una disposición tan grande hacia lo divino, que había dispuesto que todos sus hijos se entregaran a la vida clerical.

Arnoldo, el mayor, había terminado ya sus estudios en el seminario para ordenarse como el sacerdote más joven de su

generación y se encontraba haciendo su servicio social en una diócesis lejana.

Refugio, el tercero, había ocupado enseguida la vacante que Arnoldo dejara en la escuela de sacerdocio.

De Agustín, el segundo, prefiero no hablar, porque el sinvergüenza —a pesar de las inclinaciones familiares— mostraba una total indiferencia hacia los asuntos del Señor y prefería talar árboles y platicar alegremente con las muchachas bonitas del pueblo.

Por su parte Laura, que seguía con aquello de no pertenecerse, se encontró de pronto en un convento de Carmelitas Descalzas al que su madre la envió en pago del compromiso que había adquirido con la Virgen de Guadalupe a la hora de su nacimiento.

Tras dos años de devoción y mudez absolutas en el convento, Laura realizó la primera de las dos acciones que le devolverían —al final— el título de propiedad sobre su persona: se puso los zapatos y dejó a las carmelas plantadas con todo y silencio para regresar a casa.

La señora Palomo se encontraba en la cocina —preparando un guisado de mediodía— cuando Laura apareció en el umbral de la puerta, algo despeinada por el viaje y sin zapatos, porque en dos años de no usarlos sus pies habían olvidado los convencionalismos. Las mujeres se saludaron sin hablar y ambas llegaron al acuerdo tácito de que la hija continuaría guardando su virginal pureza para no hacer quedar mal a la madre ante la de Guadalupe, y que ésta, en cambio, no le reprocharía el no haber permanecido en el convento.

El primer encuentro de Laura Palomo con Basilio Tajadura ocurrió un domingo por la mañana.

Pero no fue un domingo cualquiera, sino uno que tenía mucho de día de campo, un domingo en que la hierba huele a vida y las flores son conciertos diminutos de colores brillantes.

Una docena de mariposas voló sobre sus cabezas. (Laura se sentiría después como sandía madura: dulce, frutal y pesada.)

Las chicharras cantaron mucho más de lo acostumbrado. (La madre de Laura sufriría más tarde una crisis de nervios.)

El viento fue sensual y el sol los acarició con sus rayos sugestivos. (Arnoldo tendría que dejar el hábito y Refugio abandonar el seminario.)

Los pájaros se hicieron cómplices de la mañana.

(La familia Palomo tendría que huir más tarde de Mesa del Huracán, deshonrada para siempre.)

De haber sido cualquier otro día de la semana, alguno de los dos habría desviado la mirada, pensando en sus quehaceres, y entonces Basilio no habría tenido que dejar la parroquia del pueblo; porque Basilio era el sacerdote, el padre Basilio, con su risa grande y sus chistes de domingo; con su sotana negra, arremangada para jugar al fútbol con los monaguillos.

Basilio era el confesor, el padre Basilio, con su voz encantadora y sus manos grandes, fuertes para atrapar los senos de Laura Palomo, y atraparla toda, y beberse ese aroma de su cuello, y beberse a Laura entera con los pies desnudos, siempre desnudos, él y ella, Laura y Basilio.

Basilio hombre, que supo muy bien encontrar las notas musicales del cuerpo de Laura y beber de su cuerpo hasta dejarla como fruta madura.

Tan madura que fue imposible esconder su vientre protuberante y entonces estalló una bomba con cara de don Remigio, quien gritaba violento “¡quién fue! ¡quién fue!” y zarandeaba a Basilio, al padre Basilio, exigiendo un nombre: él debía saberlo, él, que confesaba a todos los habitantes del pueblo, él, que les conocía a todos los mapas del alma, los pozos del pecado y los puentes del arrepentimiento.

Él.

Él que conocía los pozos de Laura, los ríos de Laura, las piernas de Laura.

Y yo vi a Basilio Tajadura caminar perdido sobre la acera dura de la ciudad hermética y amenazante. Lo vi con la cabeza pesada y los ojos hundidos por no encontrar trabajo. Nadie le ofrecía trabajo porque lo sabían, sabían que Basilio dejó a los parroquianos por Laura Palomo y que con ella se marchó para Chihuahua, desafiante.

Y lo vi con las manos hundidas en los bolsillos, y lo vi sin sonrisa, sin pelo y sin trabajo.

Después lo vi sin vida (su corazón no pudo soportar tanta desgracia).

Laura Palomo realizó entonces la segunda acción que le devolvería —al final— el título de propiedad sobre su persona: se fue a La Frontera a tener a su hijo.

El primer día que Basilio Palomo, hijo natural de Tajadura, habitó en la Tierra, su madre —que tenía una disposición heredada hacia las cosas divinas— lo ofreció a la Virgen de Guadalupe.

La señorita Supermán y la generación de las sopas instantáneas

*Hay días
en que no enfría la cerveza
el tequila no calienta
tampoco tú.*

Baño apresurado a las siete. Desnuda, y a punto de entrar en la pequeña cámara lava-cuerpos, se lleva la primera sorpresa:
NO HAY AGUA CALIENTE

Cree escuchar risitas y enseguida piensa: “debo estar dormida aun”. ¡Café! un café sería muy bueno, conseguiría con ello abrir los ojos. A tientas busca un cerillo.

SSSCRACH

Lo prende.

Gira la manivela para encender la hornilla.

Segunda sorpresa:

NO HAY GAS

Nuevas risas bailan al son de una modorra mañanera que no cede.

No hay agua caliente... no hay gas... que no cunda el pánico... agua, sí... un vaso de agua sería bueno.

El garrafón la contempla impávido y muy, muy vacío.

Ella se resigna.

Hay que consecuentar estas mañanas como a niños caprichosos.

La primera decisión del día será ¿baño frío sobre piel caliente, o piel caliente y adormilada bajo la ropa?

Gana piel caliente y adormilada.

El estómago se hace presente como espíritu chocarrero y Ella piensa en las consecuencias que traería engullir un pan con mermelada.

¡Al diablo las consecuencias! Gracias Dios por el pan de cada día (aunque no haya mermelada).

Piensa en la hora.

Piensa en qué ponerse.

Piensa que le han salido arrugas en el alma.

Piensa.

Afuera, el sol le recuerda insensiblemente su calidad de criatura nocturna, le hierde los ojos y parece preguntarle: ¿Te acuerdas niña, de las copas de anoche y el joven de los ojos grandes?

Ella recuerda más el tequila que los ojos grandes.

De pronto, como en las películas de Warner Brothers, podemos apreciar una escena retrospectiva en la que una Ella más niña, aunque igual de despeinada, observa el cuidado con el que su madre se maquilla, mientras le dice, con la gracia de una reina:

—Ya lo sabes, preciosa: las niñas buenas no toman tequila, sino shirley temples.

Termina la escena y de vuelta al rostro de Ella, ahora con los ojos rojos e inyectados. Se encuentra en una habitación a oscuras, llena de humo, jipis y greñudos por doquier, sentados en flor de loto tan inmóviles, que parecen estar jugando a las estatuas de marfil, uno dos y tres así, ríe Ella una risa estridente mientras enciende de nuevo una pipa verde que contiene una hierba verde para que sus ojos verdes se pongan... ¡ojos! (Vaya error cromático.)

—Las niñas buenas no fuman, y tampoco hablan mucho. Comen como pajaritos y nunca llegan a su casa después de las diez de la noche. ¿Lo entiendes, nena, lo entiendes?— continúa la madre reina desde su trono hermoso y perfumado.

Y la niña contesta:

—Pero ¿y las sopas instantáneas, madre, y las carreras de perro para conseguir trabajo? ¿Y las idas a la penitenciaría a recabar información, dónde meto todo eso? ¿Dónde lo coloco? ¿A un lado de los osos de peluche? ¿Entre mis sábanas blancas?

¿Dónde guardo a las prostitutas de la Zona, mamá, dónde pongo mis angustias? ¿Dónde el miedo a no ser suficiente y la sarta de palabras agregable a “suficiente”? Suficientemente linda, suficientemente buena, suficientemente seria, alta, flaca, bella, fuerte, brava y experimentada.

¿Cómo viven hoy las niñas buenas, madre, entre gritos y conflictos bélicos; entre azul y buenas noches; entre listas de amores frustrados, líneas de coca y uno que otro arponazo a la conciencia?

¿Entre nubes de humo que se burlan?

La madre la mira largamente:

—¡Ay, niña! No preguntes tonterías.

—¿Y la amenaza de SIDA, madre, y el borracho de la esquinilla, dónde, dónde colocarlos? ¿Dónde guardo al niño asesinado, madre, no al niño muerto, al a-se-si-na-do? ¿Dónde guardo los dolores inenarrables mientras tú explicas a tus amigas que a tu niña le ha dado por jugar a Luisa Lane y ser moderna, mientras yo solo me siento una Clark Kent fracasada?

¿Dónde guardo, madre, la presión en el trabajo, las muertes de migrantes, la mujer de la maquila? ¡Ya no caben con las barbies!

Y es que vivimos en una generación de sopas instantáneas y amores instantáneos, que no duran más de cuatro copas, madre, y andamos por la vida con máscara antigás, y nos brotan trincheras en el alma y bombas en el cuerpo, vivimos en una generación de “quítate o te quito”, “me estorbas, te mato”, donde el compact disc sustituyó al disco de pasta como las computadoras nos sustituyen a nosotros, donde las llamadas son de contestadora a contestadora y la soledad es absoluta, madre. Donde estamos fragmentados, diluidos, reciclados, mientras los que se dicen profetas/defensores ecológicos pululan por las calles pronosticando el último desastre y el número ganador de la lotería, y los clubes de intelectuales te juzgan por la cantidad de hojas gastadas tintadas y se han asociado ya con tiendas de autoservicio, y la Nestlé reparte la cultura, y se reparten sus ropas, madre, mientras uno se enamora del apóstol reacio y renegado y se lanza a vivir un amor látex a fuerza de amor enlatado, madre.

Donde estamos solos.

Las ocho las ocho las ocho se acabó la reflexión de la mañana.

Es hora de ir al trabajo.

Tercera sorpresa:
NO HAY DINERO EN EL BOLSILLO
¡Claro!
Ella se aleja silbando una extraña tonada.

Carta al Conquistador Balboa

Año 6704 del Período Juliano, según lo marca el Calendario del Más Antiguo Galván. Desde una isla llamada California.

Mi buen Conquistador Balboa:

Muchas lunas pasan ya desde que usted partiera a conquistar nuevas tierras con el sol a sus espaldas. Muchas lunas Balboa. En este Imperio del Norte, las tardes aún se despeñan sobre el reflejo del agua. Nada las perturba, sus colores siguen pintando milagros sobre la piel marina de las mujeres de mi raza.

Sentada aquí, en la hierba, escucho los pasos del viento que, como usted, se ha propuesto agotar todos los viajes. Lo

escucho y pienso: es un buen imperio éste, con sus plazas y mercados. Un buen imperio repleto de objetos que a usted alguna vez le parecieron mágicos: pieles de sirena virgen, cuernos de unicornio, telescopios para ver el alma y ramos de cilantro buenos para recordar por siempre a la mujer amada. Es un buen imperio éste que usted conquistara con la espada de sus ojos miopes. ¿Les hablará de ello a sus amigos de armaduras plateadas? ¿Le creerán, caballero Balboa?

Aquí, las palmas mecen fronteras que siguen siendo alcanzables.

Aquí, el reflejo de los sueños sigue siendo igual, no importan salidas o llegadas. Aquí caballero errante, el conquistador sigue siendo conquistado por los ojos grandes de las de mi raza. Mujeres hechas de deseo y metal, de piel y llama; porque en nuestra piel, viajero, se encuentra el secreto de la vida.

Se va la tarde, Balboa. Rebaños de recuerdos pacen la hierba mágica del espejismo. ¿Tendrá usted rebaños de olas en su imperio marino? La distancia lo acerca ahora, como a la A y la Z en esa tabla tan suya de hacer palabras.

Está usted tan lejos que podría tocarme. ¿Lo hará, caballero Balboa?

Muchas lunas pasan ya desde que usted partiera en su nave alada, y mi cuerpo aun duerme entre su cuerpo. Muchas lunas y aún su boca no se aleja de mi almohada. Aquí, mi reino y su llegada; porque sepa usted, Conquistador Balboa, que aquella negra en blanco a quien llamó Evohé, no ha sido otra que la amazona Calafia.

De cómo se creó el río Amazonas (o ¡Ay, Calafia, no te rajés!)

Su llegada al mundo fue un poco difícil, ya que en ese momento, la destartalada camioneta azul-y-blanco se esforzaba por trepar la cuesta de la colonia Roma. Llovía perros y gatos, lo cual también era molesto, porque en cuanto los animales llovidos tocaban el pavimento, estallaban en una chillería ensordecedora; los perros por la frustración de no alcanzar a los gatos, y los gatos, por molestar a los perros.

Su madre la llamó Calafia, no en honor del valle o del vino, sino del transporte público que le sirvió como improvisada sala de partos. Los pasajeros le llamaron reina porque sabían que jamás llegaría a princesa. Las princesas no se dan muy bien en El Florido.

La abuela materna —arquera de sueños y lectora asidua de suertes ajenas— predijo que la niña crecería feliz, jugando entre el polvo sepia que hacía las veces de calles en el fraccionamiento, y comprando chicles de a peso en la tiendita del Chino, ostentosa y llamada “El Palacio”, donde, a pesar de encontrarse alejada del maravilloso reino del Norte, se podía encontrar diet coke, cherry coke y coca cola clásica, por no mencionar el resto de las maravillosas invenciones de la comida chatarra.

Calafia creció, pues, entre los pastelitos de lodo y lluvia, los paseos a la vuelta de la esquina y los cuentos fantásticos que solía contar la abuela. El cuento que más le gustaba era el de Noé, que cuando vio venir las primeras nubes malhumoradas decidió hacer un barco y enviar un aviso a todos los animales del mundo, para que se fueran de vacaciones y de paso se salvaran de lo que la abuela llamaba El Diluvio Universal, al que Calafia imaginaba igualito que las tormentas de El Florido. Con lo que la niña no estaba de acuerdo era con la parte en la que se ahogaban los dinosaurios y las quimeras, las gargantúas y los grifos, porque la abuela afirmaba que por eso ya no existen y Calafia estaba segura de conocer a varios.

EJEMPLO

Los grifos son criaturas extraordinarias de luces fosforescentes. Tienen una piel dura y plateada que podría confundirse con metal de no ser por su delicada tersura. Salen de noche a reunirse con otros grifos y despiden un olor a humo dulce. Se cree que la doncella que escuche el canto de un grifo al rayar el día jamás podrá ser la misma, por lo que, noche a noche, diferentes doncellas voluntarias ofrecen sus castos oídos.

Otro de los cuentos favoritos de la abuela era el del iraní, aquél que se ganó el premio Nobel de la paz por haber declarado la guerra mundial, aterrorizando de tal manera a los terrícolas, que decidieron hacer las paces de inmediato.

inmediatamente que serían muy desdichados, porque el limón y el café juntos producen agruras, y los ojos de Calafia se agrarían muy pronto.

No tiene caso relatar lo que siguió, porque ya todos lo sabemos. Solo basta con decir que lo nuevo con lo viejo no se lleva bien y que dos por tres no son siempre seis. El chiste es que Homobono dejó a la reina del Florido y a los hijos color café con limonada un buen día por la mañana, asegurándose de que la nena sonriente de la televisión pronosticara buen tiempo y no confiando plenamente en el pronóstico.

Calafia lloró y lloró.

Las mujeres siempre lloran.

Lloró porque ya nadie le platicaría que la Tierra es redonda y que el Río Colorado no tiene vergüenza, que las misiones no son secretas y que los cirios no crecen en la iglesia, sino en el desierto. Lloró también porque se le dobló una uña y porque aprendió a querer a Homobono por zonas: la del norte, cabello sedoso y ojos de fruta; la del sur, piernas fuertes para atrapar las suyas; la del centro, ¡ay, la zona centro!

Aprendió a amar sus meridianos y sus trópicos; sus atlánticos, sus pacíficos y todo el cartograma rubio de su cuerpo.

Lloró tanto que sus lágrimas hicieron un riachuelo que se fue filtrando mundo abajo hasta acumularse en un río impresionante que se llamó AMA-ZONAS, en honor al mapa fabuloso de la anatomía de Homobono.

Calafia no murió de vieja, sino de joven, porque las juventudes sin amor no se sobreviven.

Su llegada al mundo fue un poco difícil...



Regina Swain (1967), México. Ha publicado: **La Señorita Supermán y otras danzas, Nadie, ni siquiera la lluvia** (Planeta, 1995) y **Ensayos de Juguete** (1999). Premio Estatal de Ensayo Baja California 1998. Sus trabajos han sido publicados en numerosas antologías y traducidos al inglés, alemán y japonés, editados en Estados Unidos y Cuba. Ha sido Becaria del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes y el Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Baja California.

A la Señorita Supermán no se le dan las cosas porque si, se le dan y punto. No es que vuele ni se predice, por volar, poco le importa si es oriunda de Kriptón, de Jalisco o de Chapultepec, nunca se raja. Va de frente contra el menoscabo y las predicciones de meteorología o del horóscopo, cantando —dicen que ni se inmuta ante la mala letra de un corrido o de un fandango—, jamás se rinde ante las adversidades. Esobbe a todo tren, aunque para ello tenga que valerse hasta de la última letra de la sopa.

De bar en bar, de templo en templo —de justiciera como bendiciera—, la Señorita oficia en los terrenos de la disidencia y el dolo. No canta, pero bala y a cualquiera se las canta y bien cantadas. Siempre bien puesta, va su aire, asalta el escenario: nunca se asorta por las ramas ni, de medio lado, con navajera precisión y sin chispa, corta de un tajo el mar o el cacabo y a otra cosa, mariposa. Es única, la Señorita Supermán. Desde hace tiempo tiene visa para hacer y deshacer, entre otros, el zango, herida, jarro y contra molinos, lo disimula bien, muy bien.

Lejos de las cámaras y los reflejos, la Señorita procura permanecer en bajo perfil. Si algo se sabe —soplonen los entendidos—, es que la granada de Regina Swain, especie de *paparazzi* y *mayor* de la Señoría, no se ha pisada, se ha propuesto documentar, hacer, por sus métodos y maneras. Por ello hoy, con ciencia y paciencia, se ha embarcado, de un lado, desobediencia y valiéndose de todos los recursos, de otro, en el mundo, la narrativa y el *non sense*. Regina, teñida y pluma, ha ido escribiendo y leyendo a amigos y milagros de nuestra elusiva heroína que, defendida contra viento y marea, censura ni persecuciones. La Señorita Supermán Revisited, es un libro sabroso y retozón a un mundo extraño, al mismo, pero, más, para visitarlo o leerlo es gozarse. El libro es un mundo, un mundo.

Esta primera edición de *La señorita Supermán Revisited* de Regina Swain, está disponible desde los primeros días de diciembre del 2011, edición y cuidado de *medialsa editores, ltd - miami, fl medialsa@a.gmail.com*

74 | Regina Swain

